

tan obstinadamente en la dura y parsimoniosa Normandía, se ofrecían en París por todas partes. Bastaba abrir un periódico para encontrar en la cuarta plana los más seductores anuncios.

Dartigues, con su confianza acostumbrada, iba á ver á los numerosos capitalistas que parecían salir al encuentro de los negocios, y los encontraba benévolos y atentos, pero reservados. Los capitales, que manaban á raudales en las columnas de los periódicos, eran muy escasos en los despachos de los hombres de negocios, y la facundia de Dartigues se estrellaba contra la helada superficie de una sólida previsión. Por más que prodigaba los argumentos elocuentes y que, impresionado él mismo, llegaba á creer en las realidades halagadoras que defendía, no arrancaba á sus interlocutores ni una exclamación de asombro.

Aquella gente parecía conocer todos los géneros de demostración, todas las variedades de elocuencia y todos los procedimientos de fascinación en uso para obtener fondos, y pesando impasibles las probabilidades de éxito, parecía decidida á no dejar nada al azar, cuando precisamente el azar era el factor habitual de todos los cálculos de Dartigues, que esperaba que el éxito le cayera del cielo y tendía ya la mano para cogerle. Pero los banqueros eran escépticos y toda la facundia del meridional caía en el vacío. Dartigues no se cansaba. Había encontrado trabajo en un almacén de papel pintado de la Villette, y mientras dibujaba modelos estéticos para los *snoobs* aficionados al *modern style*, continuaba removiendo las ideas como los buscadores de diamantes que escarban las piedras con la esperanza de encontrar el Sancy.

Durante aquel período de febriles tentativas Dartigues había tenido un hijo, llamado Pedro según el deseo

del inspector, que fué su padrino. El matrimonio de Rouen, entristecido por la ausencia de Francine, había sufrido los rudos golpes de la muerte de la abuela y, después, de la mujer del inspector, el cual, aun viéndose solo, resistió siempre á los ruegos de su yerno que le invitaba á venir á París para reunirse con Francine. Aquel testarudo normando, que seguía en su empleo, continuaba viviendo en los muelles entre las mercancías, vigilando á los obreros del puerto, y siempre que escribía á su hija le predecía la ruina, la miseria y acaso algo peor, en aquella ciudad devoradora, bajo la dirección de un loco semejante.

Francine no respondía nunca á su padre sin asegurarle que era muy dichosa y, sin embargo, Dartigues, incapaz de resistir á los propios caprichos, la abandonaba hacia algún tiempo. El albergue tan pobre de la desgraciada mujer no oía ya siquiera las palabras de ternura y de confianza que le habían embellecido en las horas más sombrías. Dartigues no volvía ya á su casa más que para quejarse de la mala suerte y para mostrar una cara contraída por el fastidio y por la disolución. Arrastrado por algunos amigos, había tomado la costumbre de ir al café y allí, entre el falso lujo de los dorados, el brillo de los espejos y el calor alcoholizado de la atmósfera, encontraba de nuevo su verbosidad y, gracias á algunos aperitivos, creía todavía en la fortuna.

Uno de sus peores compañeros era un empleado de un cambista, que vivía en la misma casa y que se llamaba Claudio Brun. Pequeño, delgado, siempre vestido de negro, modesto y ceremonioso, parecía el tal un cura sin manteos. Pero examinándole con atención, su cara pecosa de viruelas, hendida por una boca de delgados labios, iluminada por dos ojos abiertos con

punzón y ensombrecida por unas cejas negras y pobladas, tomaba un carácter de astucia circunspecta y feroz. El que veía reír libremente á Claudio Brun aprendía á temerle. La contracción de las mandíbulas, los dientes saltones, la mirada aguda entre unos párpados ribeteados y el ruido de sierra que salía de la garganta, daban la idea de la más atroz maldad. Aquel hombrecillo odiaba á la naturaleza por sus propias imperfecciones y, porque él era raquítrico, soñaba con aniquilar al género humano.

Brun, con sus combinaciones financieras, tomó pronto gran ascendiente sobre Dartigues, al que fascinaba con relatos de operaciones de Bolsa y con sus explicaciones sobre el sistema de la escala de primas.

— ¿No comprendes? Con doscientos cincuenta francos para las diferencias, compras cinco mil de Exterior y á la liquidación cobras el beneficio...

— Pero, ¿y si baja?

— No bajará, puesto que tengo noticias seguras de alza, pero, en todo caso, abandonas la prima y quedas en equilibrio...

Dartigues estaba muy inclinado á seguir los consejos de su camarada. ¿Qué medio más rápido que el juego para hacer fortuna? ¿Y qué juego daba resultados más completos que el de la Bolsa? Pero necesitaba algunos fondos para jugar y lo que más faltaba á aquel sediento de riquezas era el dinero. No podía disponer completamente de su paga, pues aunque no daba nada en su casa, que se sostenía con el trabajo de Francine, tenía gastos urgentes que hacer y deudas que pagar. El estancuero no le hacía crédito y el dueño del café no quería servirle si no pagaba la cuenta del mes. Todo el dinero de Dartigues se iba en humo y en bebida, doble intoxicación que embotaba su conciencia y falseaba su entendimiento.

Dartigues hizo entrar en su casa á Brun que vivía en la puerta de al lado. Desde el primer momento le fué antipático á Francine porque nunca miraba de frente. Cuando estaba solo con ella aparentaba compadecerla con voz dulzarrona y le aseguraba que él hacía todo lo posible para impedir las disipaciones de Dartigues, que él era serio y ordenado y que si Francine tenía confianza en él, llegaría seguramente á arrancar á su amigo de sus malas compañías. No explicaba qué clase de confianza debía tener en él la joven, pero la sangre asomaba á sus mejillas y una ligera debilidad se acusaba en su voz cuando ofrecía de ese modo sus servicios. Un día llegó á eso de las seis, para esperar, según dijo, á Dartigues, y volvió á empezar su discurso lamentando las malas influencias que sufría aquel desgraciado soñador.

— Crea usted, Francine, que temo que sea incurable. Va á conducir á usted á la miseria y esto es triste para una mujer como usted. Si todavía tuviera alguna consideración... pero la abandona á usted por completo... Usted es demasiado indulgente y no se da cuenta de su conducta... ¡Pero es una lástima! Si usted supiera discernir claramente su interés, no soportaría el ser tratada de tal modo... Tenga usted confianza en mí y yo la sacaré de apuros... Su marido de usted la desprecia y no viene á casa más que para dormir sus borracheras y para decir malas palabras... Tiene usted una paciencia... Pues con otras es Dartigues más amable...

Francine protestó. Su marido podía cometer tonterías, pero engañarla... La cara de Claudio expresó una furiosa alegría y su risa rechinó en aquella boca feroz.

— Se lo probaré á usted cuando quiera... No se

separa de una obrera de la fábrica de papel; una muchachuela que rueda por los bailes públicos y por la cual está chiflado... ¡ El imbécil! ¡ Teniendo una mujer como la suya! ¿ Estará loco? Yo pasaría mi vida sirviéndola á usted y haciéndola dichosa...

Se aproximó poco á poco y le decía sus pérfidias palabras al oído, por detrás, con una autoridad diabólica.

— ¿ Qué espera usted para devolverle la misma moneda? El día menos pensado abandonará á usted y á su hijo para correrla á sus anchas... Yo no me separaría nunca de usted y educaría al niño como si fuese mío... Estoy bien, gano la vida y hago economías... No tema usted nada de Dartigues... Le tengo á mi disposición porque me debe dinero...

Á estas palabras, la sangre generosa de Francine hirvió en sus venas y la joven miró á Claudio con ojos tan llenos de desprecio que le hizo palidecer. Después dijo con una voz de indignación no contenida :

— ¿ Me pide usted que me venga de Dartigues con usted mismo? ¡ Oh! Es el colmo de la injuria. ¡ Sabe usted bien inventar calumnias, pero sería preciso que supiese agradar! ¡ Se atreve usted á pedirme!... ¡ Pero hombre, mírese usted!

Y al hablar así le abofeteaba con su insultante desprecio. Brun sintió que la hiel le quemaba el pecho y su cerebro se turbó con tan espantosa rabia, que dejó de contenerse. Un grito sordo brotó de sus labios, hizo un gesto de amenaza y precipitándose sobre Francine la cogió en sus brazos.

— ¡ Que quiera ó que no, va usted á ser mía!

Besó furiosamente la blanca cara de la joven y trató de empujarla hacia la alcoba, donde á la sombra de las cortinas dormitaba el niño en su cuna. Brun estre-

chaba apasionadamente el talle de Francine y aplastaba su pecho, loco de rabia y de lubricidad. Ninguno de los dos hablaba, pero silbaban sus alientos y sus manos se crispaban. Francine, casi sin fuerzas y sintiéndose dominada por aquel sátiro cuya energía estaba decuplada por el deseo, le escupió en la cara, pero él no se detuvo. Se sentía vencedor, iba á triunfar, tenía á la joven, que perdía el conocimiento. En este momento un movimiento brusco impreso á la cuna por aquella lucha suprema despertó á Pedro, que arrojó un grito de espanto. La madre se irguió entonces como una leona, dió un puñetazo en la cara á Claudio y ya dueña de sí misma, se precipitó hacia unas tijeras y exclamó blandiéndolas :

— ¡ Cuidado! ¡ Le mato á usted!

Como respondiendo á esta amenaza, se oyó fuera una voz firme y fría :

— ¿ Qué sucede?

La puerta, en la que estaba puesta la llave, se abrió y una grave y tranquila figura de hombre apareció en el umbral. Claudio retrocedió al verle, y Francine cobró ánimos y arrojando las tijeras cogió á su hijo, cuyo miedo se traducía entonces en sollozos convulsivos. El visitante inesperado dió un paso y entró en el cuarto. Era un muchachón de veinticuatro años, vestido de negro, de cara delgada y pálida, mirada reflexiva y que presentaba en toda su persona cierto aspecto de austeridad. El recién llegado examinó con fijeza al hombre y á la mujer y dijo con acento de autoridad, dirigiéndose á Claudio :

— ¿ Por qué llamaba esta señora? ¿ Qué hace usted aquí? Veo que está usted contra la voluntad de la dueña de la casa... Convendría que se marchara usted...

Brun bajó la cabeza y respondió balbuceando :

— Soy un amigo de Dartigues, señor Appel, y vivo en la casa...

Aquel á quien Claudio acababa de llamar señor Appel no pareció extraño el que se le conociese y dijo con su voz autoritaria :

— Será usted amigo del marido, pero no parece que lo es de la mujer... No hay que imponerse cuando no se es agradable...

Con una señal de cabeza indicó la puerta, mientras Francine, muda y como indiferente, acunaba á su hijo. Claudio se volvió hacia ella como para pedir su confirmación de aquella dura despedida, pero la joven no le miró siquiera, ocupada en acariciar á Pedro, que empezaba á sonreír. Claudio bajó la cabeza, dió un doloroso suspiro y como encorvado bajo el peso de su abyección, saludó al señor Appel y salió sin decir ni una palabra.

Appel era uno de los más modestos inquilinos de la casa, pero uno de los personajes más importantes del barrio. Alumno interno de un hospital, asistía gratis á los pobres que iban á pedirle consejos y socorros. Los médicos habían reclamado muchas veces contra la concurrencia que les hacía el estudiante de medicina, pero como Appel no aceptaba retribución alguna de sus miserables clientes, era imposible prohibirle el ejercicio de la caridad. Era el estudiante un laborioso que se desquitaba por la noche del tiempo que le hacía perder su consulta gratuita, y la modesta lámpara de sus fecundas veladas brillaba hasta el alba en su modesto alojamiento. La palidez y la demacración de su semblante se debían á esa existencia de trabajo inmoderado.

Appel no salía más que para ir al hospital y á la

Escuela de Medicina; volvía cargado de papeles y de libros y en la calma de su quinto piso se entregaba á la investigación de las riquezas fisiológicas de la ciencia moderna. Era un asceta, cuya vida no había conocido el placer. Su tiempo estaba dividido entre la meditación y el estudio, pues además de sus investigaciones médicas, Federico se dedicaba á las especulaciones sociológicas. Tenía un amigo cuya influencia dominaba en sus ideas; el joven diputado de Sarreguemines, Renato Barres.

Licenciado en filosofía y en vías de llegar á los más altos destinos universitarios, Barres había abandonado la instrucción pública para dedicarse al periodismo y á la propaganda de las doctrinas socialistas. Tenía tres años más que su amigo y paisano Federico Appel y el brillante orador había aprisionado en su esfera de atracción el pensamiento de su amigo. Pero en su modo de concebir el progreso humano se marcaba una diferencia esencial : Barres era materialista y Appel, con una elevación de pensamiento que le hacía muy superior á su camarada, se mostraba fundamentalmente espiritualista. Pero el cariño que los dos jóvenes se profesaban había resistido á aquella capital divergencia de opiniones, y lo que para unos espíritus menos avisados hubiera sido una causa de irreducible hostilidad, había echado en ellos la base de una admirable estimación. Barres y Appel tenían mutua seguridad de la limpieza de sus conciencias y juzgándose de primer orden el uno y el otro, no esperaban llegar á convencerse y se respetaban y se querían más cada día.

Barres era ya célebre por sus brillantes polémicas y sus discursos inflamados, mientras Appel trabajaba todavía obscuramente en su boardilla. El joven estu-

diante sin fortuna quería ante todo tener un medio de existencia seguro á fin de entregarse sin reservas á sus proyectos de reformas humanitarias y médicas.

Á consecuencia de su intervención casual entré la mujer de Dartigues y Claudio Brun, cuando Appel pasaba por el corredor y oía la voz de Francine hablando con el niño, entraba un instante para dar los buenos días á la joven. Examinaba á Pedrito, le cuidaba y se informaba delicadamente de las necesidades del matrimonio. Nunca volvió á hablar de Claudio, como si hubiera olvidado por completo aquel episodio. Encontró muchas veces á Dartigues, pero entonces se limitaba á saludar desde la puerta, sin entrar, como si el marido de Francine le fuese antipático. Dartigues, por su parte, se burlaba de la gravedad y de la reserva de su joven vecino, cuya austeridad era incapaz de comprender. No era posible encontrar dos cerebros más desemejantes ni dos temperamentos más opuestos.

— ¿Qué hace siempre encerrado en su cuarto ese joven? preguntaba Dartigues. No se le oye moverse ni hablar... Estoy seguro de que no sabe reírse... Claudio asegura que el tal tipo no conoce aún las mujeres y que vive como un fraile, de pan, de agua fresca y de castidad... ¡Desgraciado! ¡Á los veinticuatro años!

Francine con la cabeza inclinada hacia la costura no respondía á los sarcasmos de Dartigues y parecía que deliberadamente no quería ocuparse del joven médico. Era menester que se la incitase hasta el extremo para hacerla contestar.

— Tú le conoces bien, sin embargo. Él no se priva de venir cuando yo no estoy... Cualquiera diría que se trata del emperador de la China...

— Viene á pedir noticias de Pedro... Ya sabes que le asistió cuando tuvo el sarampión...

— Brun pretende que ese joven viene aquí más por la madre que por el hijo...

Francine se sonrojó.

— Tú mismo dices que no se ocupa de las mujeres...

— De las mujeres, puede ser. Pero de una mujer... ¿quién sabe?

La normanda se enfadó y dijo vivamente:

— Si estuvieras más en tu casa, sabrías más lo que pasa en ella. ¡Cuida á tu mujer y no te la quitarán!

— ¡Bah! Una mujer á quien hay que guardar, está ya medio perdida.

— Y luego, no hay mujeres que valgan la pena ¿verdad?

— Sí, hay algunas.

En todo el esplendor de su belleza, Francine, rubia, blanca y un poco gruesa, á causa sin duda de su vida sedentaria, parecía conformarse con el abandono en que la tenía Dartigues. No salía de casa más que una ó dos veces á la semana para entregar la obra á una gran modista de la calle de Lafayette. Sabía que era guapa porque se lo decían en la calle y los hombres le prodigaban las proposiciones galantes. La joven no se turbaba cuando Appel entraba en su casa. Su mirada se animaba de un claro destello, pero su actitud seguía siendo tranquila, su voz no cambiaba y hubiera sido imposible que el estudiante sospechase el interés que inspiraba á Francine.

Y sin embargo, se lo demostraba como podía, por medio de minuciosos cuidados á su ropa cuando él no estaba en casa. Conocía las horas de salida del joven, completamente regulares, y se arreglaba con la portera para que ésta le trajese la ropa blanca y los trajes del

vecino, para repararlos y plancharlos. Appel, siempre indiferente y absorbido por sus estudios, no se daba cuenta de que una mano desconocida y amiga ponía en orden sus efectos. La joven gozaba arreglando el armario de Appel y un día hasta se atrevió á ponerle un saquito de perfumes entre la ropa. Allí acabó el misterio. Appel tenía el olfato más fino que la vista, notó aquel refinamiento, se informó y supo que hacía muchos meses la mujer de Dartigues era su doncella misteriosa. Federico se conmovió hasta llorar, pero con una delicadeza exquisita, adivinando que el secreto entraba por mucho en el placer de Francine, se privó de la satisfacción un poco vulgar de darle las gracias y dejó que siguiese haciéndole objeto de su bondad anónima. En su modestia, atribuyó á la gratitud lo que venía de otro afecto más vivo y vivió fraternal y dulce al lado de la joven, como en el pasado.

Hacía diez y ocho meses que Francine luchaba, ante los ojos de Appel, con las espantosas convulsiones de su casa que se perdía, viendo aumentar las deudas de semana en semana y vendiendo poco á poco todo lo que tenía algún valor. Los muebles fueron pasando á casa del preñero y la ropa tomó el camino del Monte de Piedad. La comida de familia se había reducido con frecuencia á menos de lo necesario y más de una vez la madre había cenado un mendrugo de pan mientras que el niño tomaba un caldo del día anterior preciosamente conservado. Nunca fué tan grande la actividad de Francine como desde que ella sola sostenía á su hijo. Pero había periodos sin trabajo y éste estaba mal pagado. Dartigues, además, se apoderaba con frecuencia del dinero de la semana registrando los cajones.

La mañana en que el cobrador del Banco dió el

golpe de gracia á la joven presentándole aquel pagaré imprevisto, hubo una escena de las más violentas entre Dartigues y Francine. El incorregible soñador pretendía estar sobre la pista de un negocio que debía hacerles ricos en breve plazo; una explotación agrícola en Venezuela, unas vastas praderas heredadas por un rico armador del Havre, que no podía dejar su casa para ir á hacer valer sus haciendas del nuevo mundo, y necesitaba un joven activo é inteligente para dirigir una explotación que, en buenas manos, produciría beneficios importantes. Y Dartigues, ilusionado, se veía ya al frente de aquella hacienda inmensa.

— ¿Comprendes, Francine? Miles y miles de hectáreas, un dominio tan grande como la mitad de la Normandía. Allí la hierba brota sola, sin abono y sin cultivo, hasta la altura de un hombre. Allí se pueden tener siete mil bueyes y un ejército de carneros... Las pieles serán explotadas en el curtido, las carnes en conservas y las lanas irán derechas á los Estados Unidos para los telares... Tendremos una vida de príncipes, con cientos de servidores y todo á profusión... El dueño de esa fortuna estéril é inexplorada me espera para que saque partido de sus bienes. Tengo que marcharme esta noche, pero necesito dinero para el viaje... No irás á hacerme desperdiciar una ocasión semejante por cien francos...

— ¿Pero dónde quieres que yo los encuentre? interrumpió la joven con energía. ¿Estaría mi hijo sin beber vino en las comidas si yo tuviese dinero? Te has llevado todo lo que teníamos; no queda nada que vender; ni siquiera las papeletas del Monte...

— Escribe á tu padre.

— ¡Nunca! Me ha dado más de lo que podía y no

quiero confesarle que carezco de todo. Bastante desgraciado es sabiendo cómo estoy casada...

— ¡ Oye! ¡ Oye! Nadie te ha hecho casarte á la fuerza... Te casaste porque tenías confianza en mi porvenir y me creías un candidato á la fortuna.

— Creí casarme con un buen sujeto; pero me he equivocado.

Dartigues se plantó delante de ella con la boca amarga y la mirada encendida.

— ¿ Nada de dinero y muchas malas palabras? Mejor es que me vaya.

Francine se sintió débil. Sentía á la vez desprecio y lástima por aquel hombre que se engañaba á sí mismo.

— Escucha, dijo; espera hasta mañana. Iré á ver á mi patrona y acaso me adelante el dinero.

— ¡ No! No puedo esperar... Es urgente... Y puede que otro atrape el negocio. Las ocasiones son raras y ésta...

— ¿ Quién te la ha indicado!

— Claudio.

— ¿ Ese mal hombre? Te engaña y no estará contento hasta que te haya perdido.

— ¿ Él? Se viene conmigo como socio.

— ¿ Y crees que te voy á ayudar á entrar en una empresa en la que tendré que sufrir la presencia de semejante individuo? Eso me decide... De buena gana desharía á propósito tu negocio.

— No me extraña. Me odias desde que no esperas nada de mí

— No, no te odio, pobre ser desequilibrado. Estaría llena de compasión hacia ti si hubieras seguido siendo bueno... Hasta creería en el éxito de tus proyectos si tu mala conducta no le hubiera hecho imposible. Los que triunfan no son los que se gastan en vanas palabras ni los que emplean su energía en demostraciones

ruidosas. Para correr bien, no conviene abrir la boca, sino cerrarla. Los hombres de acción no se parecen á ti, sino que son concentrados y graves...

— ¿ Como el estudiantillo de al lado, verdad? gruñó Dartigues.

— Como el señor Appel, sí, replicó Francine exasperada. Ése no corre, no bebe, no grita; trabaja.

— Si trabaja y no bebe ni grita, debe tener economías, dijo Dartigues con una risa atroz. Pídeselas.

La mujer se levantó y con una autoridad que Dartigues no le conocía, dijo mostrando la puerta :

— ¡ Vete, canalla!

El marido bajó la cabeza, vaciló y contestó amenazando :

— ¡ Cuidado! Si me voy será para no volver...

— ¡ Así sea! replicó Francine furiosa. Dartigues se acercó á ella y dijo mirándola á los ojos :

— ¿ Ese hombre es ya tu amante y no quieres seguir á mi lado?

Francine no pudo soportar esa injuria y dejándose caer en la silla, rompió á llorar y exclamó :

— ¡ Desgraciado! ¡ Á qué punto has llegado! Después de todas las pruebas de afecto y de abnegación que te he dado, me insultas!

Dartigues vió que la tempestad se calmaba. Se encogió de hombros y dijo :

— ¡ Ah! Me fastidian las mujeres que lloran. Me gustabas más cuando gritabas...

Y abriendo la puerta de un puntapié, salió al pasillo mascullando imprecaciones.

Francine escuchó un instante, esperando que un buen impulso le hiciera volver. Pero reinó el silencio, y entonces, enjugándose los ojos, la obrera se puso de nuevo á trabajar.